

---

PARIS, 16 de Junio de 1851.

Muy señor mio: Las cosas públicas siguen aquí en el mismo estado que cuando he dirigido á Vd. mis dos últimas. La Comisión que ha de dar su dictámen sobre la revision, es la imágen viva de la Asamblea, que la ha de discutir y votar: una minoría decidida y una mayoría vacilante son los elementos de que se compone. Lo que resulta hasta ahora de sus conferencias, es que la República es el refugio de todos los intereses y de todas las opiniones, y la cosa que menos divide á esta nación sin ventura. El partido legitimista, que se habia propuesto al principio levantar en esta discusion la bandera de la Monarquía, retrocede espantado de su propia impotencia y de su propio aislamiento. Mr. Odilon Barrot, representante de una de las fracciones orleanistas, é individuo de la Comisión, ha declarado esplicitamente, despues de reservar sus principios, que hoy dia solo la República es posible. Mr. de Montalembert, que es católico y monárquico, ha hecho una declaracion parecida. La perpetuidad de la República está proclamada por sus propios adversarios. Esto viene á confirmar lo que en varias cartas anteriores tengo dicho á Vd.: la Monarquía no puede ser restaurada en los momentos presentes; y si lo fuera, no seria otra cosa sino una faz de la República. Para que la Monarquía sea po-

sible, es menester que venga el Socialismo, ó que se presente un Dictador, y la decrete con su espada: en este segundo caso, sin embargo, su restauracion sería efimera; solo en el primero podria ser duradera.

La situacion de la Francia pone á la Europa en la situacion siguiente: Si la República se consolida aquí, la República, mas tarde ó mas temprano, podrá ser la ley de las naciones: jamás se ha consolidado en Francia una institucion, sin que de nacional no se haya convertido al fin en Europea. Si el Socialismo hace posible una restauracion, no hará posible esta eventualidad saludable sin hacer probable una subversion total en el continente Europeo: de manera que por todos los caminos va la Europa á parar á una catástrofe. La eventualidad menos tremenda seria la de una Dictadura que restaurase la Monarquía. Solo así podria la Europa conservar sus instituciones, sin pasar primero por la República, y luego por el Socialismo. Esta eventualidad, empero, ofrece á su vez gravísimos inconvenientes: en primer lugar, la Monarquía, restaurada de esta manera, no sería definitivamente restaurada: en segundo lugar, siempre sería menester encontrar un Dictador que la restaurara de esa manera.

En Francia no hay mas que tres Dictadores posibles: Luis Napoleon, el General Cavaignac, y el General Changarnier. Luis Napoleon, siendo Dictador, no restauraria la Monarquía, sino el Imperio; cosa muy diferente, como quiera que la Monarquía es la revolucion vencida, y el Imperio no ha sido y no será sino la revolucion coronada. El General Cavaignac no haria uso de la Dictadura, sino para mantener la República contra monárquicos é imperiales. Queda solo el General Changarnier, el cual, no pudiendo aspirar al Imperio, y no siendo amigo de la República, podia poner su espada al servicio de un Rey. Yo no sé hasta qué punto llegará el General Changarnier á ser el candidato de los partidos monárquicos en Francia; pero sé que debia serlo de las Monarquías Europeas.

Por lo demás, el porvenir es cada vez mas aterrador y mas oscuro. La revision no reunirá una mayoría suficiente, sobre todo,

despues del discurso de Dijon, que ha enagenado al Presidente muchas voluntades en la Cámara. Por otra parte, la Francia se va declarando revisionista, y abruma á la Asamblea con peticiones. El mismo discurso de Dijon, que tan mal efecto ha producido en la Asamblea, es un título mas para que el pueblo se empeñe en prolongar los poderes del Presidente. Falta saber quién triunfará: si será el pueblo, ó si será la Cámara. La cuestion no es absurda si se atiende á que, si por un lado no parece posible que un pueblo sea vencido por una Cámara, por otro, no hay que olvidar que el pueblo está disperso, y la Cámara reunida: que el pueblo está en los Departamentos, acostumbrado al yugo, y la Cámara en Paris, acostumbrada á dar la ley. No hay que olvidar tampoco que los republicanos de todos los matices son adversarios de la prorogacion; y que esta gente es gente entendida en golpes de mano y en agitaciones populares. En suma, todo es problemático en las cosas francesas, y ni los hombres ni los partidos saben adonde van, aunque recelan todos que no van á buena parte. La discusion sobre la revision no comenzará probablemente hasta mediados de Julio.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 4.º de Julio de 1851,

Muy señor mio: Desde mi última anterior, no ha habido mudanza notable en las cosas de esta República. Empero, si la situacion no ha variado, se ha esclarecido algun tanto por lo menos. Quince dias há, no era sino una cosa probable el naufragio de los proyectos revisionistas: lo que entonces era probable, es hoy ya cosa puesta fuera de toda duda. Mr. de Tocqueville, encargado de redactar el informe de la Comision que entiende en el asunto, es un revisionista de tan singular especie, que reúne los votos de los enemigos ardientes de toda revision, y las repugnancias de los partidos mas ó menos encendidos de todas las revisiones. La revision, pues, no tendrá en la Asamblea Nacional sino escasa mayoría, que no será otra cosa sino una minoría insignificante, comparada con la que exige para este grave negocio la Constitucion del Estado.

Por lo que hace á la presion exterior, sin dejar de ser grande, porque lo es efectivamente, dista mucho todavia de ser lo que habia de ser, para ser algo; es decir, irresistible. Los amigos del Presidente confian en que crecerá hasta alcanzar aquellas gigantescas proporciones que quitan hasta el deseo de resistir al torrente que todo lo arrebatá. Mi opinion particular es que, siendo

la revision una cosa verdaderamente popular, no está este pueblo, sin embargo, en circunstancias tales, que un gran entusiasmo sea posible. Ese entusiasmo avasallador es cosa rara siempre, hasta en las muchedumbres, materia dispuesta de suyo á la fermentacion; y es mucho mas rara todavia en tiempos como los que ahora corren, en que los pueblos no tienen fé ninguna, ni en los hombres, ni en las instituciones, ni en las ideas, ni en los que gobiernan, ni en sí propios. Estas consideraciones me inclinan á pensar que la presion exterior no será bastante para vencer la mala voluntad y la visible repugnancia de la Asamblea por todo lo que sea prolongar en manos del actual Presidente de la República los poderes Presidenciales.

Entretanto, el ejemplo dado por el Gobierno de la República, al hacerse el promovedor de las efervescencias populares, siendo estéril en lo presente, será funestísimo en lo futuro. El derecho de peticion es individual por su naturaleza; y por su índole es el derecho que contra sí concede al débil el que es fuerte, y al súbdito el Soberano. Encerrado en estos límites el derecho de peticion, está reclamado por la justicia universal, y consentido por el consentimiento de todas las gentes. No hay República tan democrática, ni Monarquía tan absoluta, que no haya reconocido ese derecho en el hombre, como un derecho verdaderamente santo, y verdaderamente imprescriptible: pero cuando ese derecho se ejerce por el Soberano, en vez de ejercerse por el súbdito; cuando, en vez de ejercerse por el débil, se ejerce por el fuerte, entonces cambia de naturaleza, y constituye una verdadera tiranía: entonces hay hasta una contradiccion en los términos; como quiera que el Soberano y el fuerte no piden cuando piden, sino mandan. Constituida esta Nacion en República democrática, siempre que alza la voz el pueblo, impone su voluntad, ahora mande, ahora pida; con esta diferencia, sin embargo: que cuando manda, impone su voluntad en los términos señalados por la ley; mientras que cuando pide, la impone de una manera anárquica y subversiva. Supuesta una República democrática, el derecho de peticion en el pueblo, es decir, en el Soberano, no es otra cosa

sino el derecho de insurreccion permanente: y Vd. comprende cuán grande es la fuerza destructora de este principio, cuando va pasando de mano en mano, como un arma funesta de los Gobiernos á los partidos, y de los partidos á las facciones.

Sea de esto, empero, lo que quiera, yo creo que por esta vez la agitacion popular no será bastante poderosa para subyugar á la Asamblea. Por otra parte, me parece cosa probabilísima que el Presidente no se arrojará por ahora á un golpe de Estado; no porque yo no lo crea con osadía bastante y con resolucion suficiente para acometer esta empresa, sino porque tengo por seguro que no la acometerá mientras abrigue la esperanza de un golpe de Estado, dado á última hora por el pueblo. Si mis informes son exactos, el Presidente, desechada la revision, se propone aguardar el plazo terrible de 1852, cierto como está de que, á pesar de la Asamblea y contra la voluntad de la Asamblea, será reelegido por la Francia. Yo por mi parte tengo por segura su reeleccion, si las cosas llegan al año de 1852 pacíficamente. Pero su reeleccion no será el fin, sino el principio de la crisis, cuya solucion definitiva dependerá, por una parte, del vigor que despliegue en aquella ocasion la actual Asamblea, que es á quien corresponde por derecho conocer de la validez de la eleccion; y por otra, del partido que prevalezca en la Asamblea futura, que debe ser elegida pocos dias despues de elegido el Presidente. Porque pudiera suceder, por un lado, que la actual Asamblea anulára los votos dados á Luis Bonaparte, como inconstitucionales; y por otro, que aunque así no fuera, la Asamblea futura esté compuesta de socialistas, en cuyo caso anularia violentamente como inconstitucional la reeleccion, aunque la Asamblea actual la hubiera tenido por legítima y por buena.

De esta manera, amigo mio, la Francia, que necesita imperiosamente una solucion, y que, por otra parte, teme la solucion que necesita, va aplazando para los tiempos futuros todas las soluciones, creyendo que las resuelve cuando las aplaza. El aplazamiento, sin embargo, no puede ser indefinido; y mientras mas largo sea, habrá de ser mas funesto. Si las cosas hubieran venido

á punto de decidirse en el otoño próximo, la cuestion se hubiera planteado entre Luis Bonaparte y el General Changarnier; y de cualquier manera que se hubiera resuelto, se hubiera resuelto por la Dictadura de un hombre; la cual, en las circunstancias de la Francia, es la menos funesta de todas las eventualidades, y la mas aceptable de todas las soluciones. Aplazada la cuestion para 1852, no se planteará ya entre el General y el Presidente, sino entre la Dictadura Presidencial y la Dictadura revolucionaria: perspectiva dolorosísima y tremenda, de la cual se aparta la vista con horror, y el corazon con espanto.

El Presidente de la República ha salido para inaugurar el camino de hierro de Tours á Poitiers: en el acto solemne de la inauguracion, pronunciará el discurso de costumbre, que hasta aquí ha sido siempre un discurso político. Los partidos aguardan con impaciencia su voz: yo creo poder asegurar á Vd. que el discurso de Poitiers no se parecerá al de Dijon, y que será templado y conveniente en el fondo y en la forma.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 15 de Julio de 1854.

Muy señor mio: Los graves sucesos ocurridos en los últimos quince dias serán causa de que me alargue hoy algo mas de lo que tengo de costumbre.

El primero de estos sucesos, por su fecha, sino por su importancia, es la série de viajes del Presidente, cuyos pormenores conoce Vd. por los periódicos. En el de Poitiers fué recibido con muestras evidentes de descontento; en el de Beauvais con señales inequívocas de alegría. Los discursos en ellos pronunciados por Luis Napoleon, si bien mesurados y discretos en la forma, han sido, considerados en la esencia, otros tantos programas de su candidatura. El Presidente vacila en cuanto á saber cuál camino le conviene seguir; pero sería intento vano buscar ni en sus palabras ni en sus acciones la menor vacilacion ni la mas ligera incertidumbre acerca del término de su viaje. Cuando denuncia ante la Francia á la Asamblea, cuando entrega á la pública execracion las intrigas de los partidos monárquicos, no hace ninguna de estas cosas, sino porque cree que haciéndolas, se hace popular entre las muchedumbres. Cuando vuelve de súbito hácia atrás, y halaga á la Asamblea, y recuerda los grandes hechos de la antigua Monarquía, no hace esto sino porque haciéndolo, cree reconciliarse á los hom-

bres que le son contrarios, y á los partidos que le son hostiles. Por cualquier lado y en cualquier ocasion que Vd. mire al Presidente, observará siempre en él la misma vacilacion en cuanto al medio, y la misma fijeza en cuanto al propósito. Este rasgo es el rasgo característico de su fisonomía, y el que, si puede decirse así, individualiza su carácter.

El segundo suceso importante ocurrido en estos últimos dias, es la visita hecha por los señores Berryer, Saint-Priest y Benoist d' Azi á la viuda y á los hijos del último Rey de los Franceses. Lo que allí pasó, nadie lo sabe aun de positivo, sino los interlocutores: sin embargo, desde luego puedo asegurar á Vd. estas tres cosas: la primera, que aquellos señores no fueron á Clermont sin negociaciones previas; la segunda, que el objeto de la visita fué esclusivamente político; y la entrevista, política exclusivamente: y la tercera, que por una y otra parte hubo grandes muestras de buena voluntad, sin que á pesar de ello esa buena voluntad mútua produjera un resultado completo y definido.

El tercero, entre los sucesos trascendentales, es el dictámen que la Comision respectiva ha presentado, por una parte y por conducto de Mr. de Tocqueville, acerca de la revision de la Constitucion; y por otra parte y por conducto de Mr. de Melun, acerca de las peticiones concernientes á esta materia. Ambos dictámenes son contrarios al Presidente; el relativo á las peticiones, porque se fija en él la atención sobre todo en los manejos reprobados de las Autoridades; y el relativo á la revision, porque en él se declara que todo intento de hacer prevalecer la reeleccion popular del Presidente, contra un voto de la Asamblea contrario á la revision, debe ser considerado como atentatorio y subversivo del órden. Con estos dictámenes ha venido á coincidir una grave resolucion del Consejo de Estado sobre la misma materia: ocupado en redactar una ley de responsabilidad, aplicable á todos los agentes de la autoridad pública, el Consejo ha resuelto que uno de los casos en que el Presidente incurrirá en responsabilidad, será cuando intente sobreponerse al artículo de la Constitucion que impide su reeleccion inmediata.

Si se examinan estos sucesos en conjunto, despues de haberlos examinado de por sí y separadamente, dan materia á graves y desconsoladoras consideraciones. De ellos resulta que nada es aquí comparable á la perseverancia de los partidos y de los hombres, sino su radical impotencia. El Presidente sabe que tiene el propósito firme de perpetuarse en el poder; pero ignora cómo ha de obrar para perpetuarse. El partido legitimista sabe que quiere la restauracion de la Monarquía verdadera; pero ignora cómo ha de obrar para restaurarla. El partido orleanista quiere lo que siempre quiso, una Monarquía, rodeada de instituciones republicanas; y no sabe cómo ha de evitar el caer, por poco que se incline á un lado, en la verdadera República, y por poco que se incline á otro, en la Monarquía verdadera. La mayoría de la Comision que informa sobre la revision, no la quiere, y la propone; la propone, y sabe que ha de ser desechada por la Asamblea: esta mayoría es monárquica, y sin embargo, propone un dictámen que ha de ser desechado, y que siéndolo, segun su propia declaracion, deberá entenderse por todos que la República recibe una nueva consagracion por parte de los representantes del pueblo.

Para que todo sea confusion y despropósito y desórden, los que nunca profesaron el dogma de la Soberanía Nacional, sostienen hoy que esta Soberanía, inenajenable, es superior y anterior á todas las Constituciones; mientras que los que abrieron hondas brechas en la Monarquía, en nombre de la Soberanía Nacional, proclaman hoy, contra la Soberanía Nacional, el derecho divino de la República. Si en los primeros siglos de la Creacion, la confusion de las lenguas produjo la confusion de las ideas, ahora parece que la confusion de todas las ideas va á dar por resultado la confusion de todas las lenguas.

Lo mas singular de todo es que en medio de este juego de azar que todos juegan, todos pierden, y ninguno gana. El Presidente es hoy menos popular que antes: el partido orleanista está mas disuelto que nunca: el legitimista, que comenzaba á orientarse, se dá á sí mismo ya por desorientado. Aquí nadie sabe ya á donde va; y todos, impíos y cristianos, dan una misma respuesta á los

que se lo preguntan: todos callan, todos se encojen de hombros, y todos maquinalmente ponen los ojos en el Cielo.

El mundo no ha visto jamás, amigo mío, un espectáculo semejante: y si pudiera haber algo absolutamente nuevo debajo del Sol, lo sería sin duda el espectáculo que ofrece la Francia, compuesta de monárquicos que no pueden fundar una Monarquía, y oprimida bajo el peso de una República, que para su defensa no tiene republicanos. Yo no sé, amigo mío, quién impide que vuelva la Monarquía, ni quién impide que salga la República: pero el hecho es que ni la una sale, ni la otra viene. Tal vez el secreto de todo está en este magnífico pensamiento de Bossuet, que recuerdo perfectamente, aunque no estoy seguro de recordar sus mismas palabras: «Cuando Dios quiere obrar, reduce á todos á la impotencia..... y luego obra.»—

Ayer comenzó en la Asamblea la discusión sobre la revisión, tan llena de tristes augurios, y tan preñada de tempestades. Las tribunas estaban henchidas de gente: y los que henchían las tribunas, contenían el aliento, y no osaban respirar, temerosos de alguna catástrofe: por fortuna la catástrofe no vino, el temor se disipó, las gentes comenzaron á respirar con desahogo, y la discusión corrió mansamente, sin que nada ni nadie precipitaran su curso. El Presidente de la Asamblea debía de participar sin duda de aquellos temores, cuando se creyó en el caso de deber abrir la discusión con un discurso solemne, porque estaba escrito, en que recomendaba á todos templanza y mesura. Parece, sin embargo, que en la noche anterior habia habido un acuerdo entre los de la Montaña para no turbar con apóstrofes ni interrupciones el debate; por creer, y no sin razón, que con esta táctica adelantarían grandemente sus negocios: el hecho es que, con admiración de todo el mundo, no hubo ni apóstrofes brutales, ni interrupciones violentas. Mr. Pagés hizo la apología de la República en un mal discurso: Mr. de Falloux hizo el elogio de la Monarquía hereditaria en un discurso bellissimo: Mr. de Mornay se declaró el campeón de la Monarquía Nacional vencida en Febrero, digna por cierto de campeón mas ilustre: por último, el General Cavaignac sostu-

vo el principio de la República sagrada é inviolable como lo es el Rey de una Monarquía Constitucional, y lo hizo con una convicción profundísima, y á veces una elocuencia varonil que hizo honda sensación en su auditorio. El discurso del General es en mi opinión el mas notable entre todos los pronunciados ayer; así como el General que le pronunció, es, entre todos los hombres que han dado muestras de sí despues de la revolución de Febrero, el mas eminente, ó el solo eminente.

Hoy continuará la discusión comenzada: si ocurriese en ella algo notable, se lo escribiré á Vd. en esta misma carta.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.